

A L..G..D..G..A..D..U..

L..I..F..

## La Luna y el lobezno solitario

Venerable Maestro, queridos hermanos y hermanas en vuestros grados y oficios:

Érase una vez, en un tiempo ya inaccesible para nosotros, una humilde pero orgullosa manada de lobos. Eran unos lobos normales, sin ningún tipo de aspiraciones, más allá de sobrevivir al frío y duro clima en el que vivían.

Pero he aquí que, una noche de luna llena, nació un lobezno totalmente blanco, siendo grises sus padres, hermanos y el resto de la manada. Los lobos lo miraron durante un momento, sorprendidos por aquella anomalía, pero luego no le dieron más importancia. Sin embargo, la Luna se fijó en él, y puso su frío y plateado ojo sobre el corazón del lobezno, y así le habló a su alma:

“Estás destinado a grandes cosas, pequeño cachorro, pero tu camino será arduo y lleno de peligros, pero al final llegarás a tu destino. Busca la Tierra Luminosa”.

El lobezno creció sano y fuerte junto a sus hermanos, pero siempre recordó las palabras de la Luna, aunque él pensaba que solo era un anhelo que había tenido desde siempre en su corazón: buscar la Tierra Luminosa. Esto le hacía alejarse cada vez más de sus padres y hermanos, pues solo pensaba en irse de la manada. Él sabía, porque así se lo habían dicho desde pequeño, que un lobo solitario no podía sobrevivir fuera de la manada, y menos un lobezno como él, que ni siquiera había llegado a la edad adulta. Pero su deseo fue más fuerte que su miedo, y decidió decírselo a sus padres y hermanos. Se lo dijo primero a su padre:

—¿A dónde vas, hijo, sangre de mi sangre?

—Voy a la Tierra Luminosa, donde podré obtener el conocimiento que anhela mi corazón.

Y el consejo de su padre fue:

—Viaja de noche y duerme de día, pues los lobos pertenecemos a la noche.

Luego se lo dijo a sus hermanos:

—¿A dónde vas, hermano, que eres parte de nosotros?

—Voy a la Tierra Luminosa, en busca de aventuras y aprendizaje.

Y el consejo de sus hermanos fue:

—Sé ágil y fuerte, pues los lobos somos grandes cazadores.

Y, por último se lo dijo a su madre.

—¿A dónde vas, hijo, carne de mi carne?

—Voy a la Tierra Luminosa, donde encontraré paz para mi alma.

Y el consejo de su madre fue:

—Escucha a la Luna y pídele consejo cuando te encuentres en apuros, pues los lobos hablamos con ella y oímos su llamada.

Y así, el joven lobezno comenzó su viaje hacia la Tierra Luminosa una noche clara y fría, en la que la luna estaba en cuarto creciente. Sin embargo, no se dio cuenta de que, al comenzar su viaje, una sombra iba tras él. No tenía forma, pero era más oscura que la misma noche.

Unos días después, el lobezno continuaba su viaje, siguiendo el rumbo que le marcaba su instinto. Dormía de día y cazaba de noche, como le había dicho su padre, intentaba ser fuerte como le habían dicho sus hermanos, y le hablaba a la Luna como le había dicho su madre, pero no la había escuchado aún.

Una noche, cuando iba caminando por un paraje cubierto de nieve, se topó con una montaña gigantesca, imponente y solitaria. La miró durante largo tiempo, buscando la manera de escalarla o alguna grieta por donde pudiera pasar, pero no había nada: era una pared de roca lisa y nieve. Entonces le habló a la montaña:

—¡Montaña, te lo suplico, déjame pasar, pues he de llegar a la Tierra Luminosa!

Y la montaña contestó, con su voz profunda proveniente de lo más hondo de la Tierra:

—No eres lo suficientemente fuerte para escalarme. Morirías en el intento. Tampoco puedes atravesarme, pues soy impenetrable.

Entonces, el lobezno se dirigió por primera vez a la Luna:

—¡Luna, madre de todos los lobos! No puedo pasar la montaña, y ella no me quiere ayudar. ¿Qué puedo hacer?

Y la voz clara y fría de la luna creciente contestó con otra pregunta:

—¿Realmente entiendes qué necesita tu cuerpo? Hasta que no comprendas esto, no podrás pasar.

El pequeño lobo se quedó pensando un momento, pero no entendía qué le había querido decir la Luna, así que dijo, más bien para sí mismo:

¡No importa! Encontraré otro sitio por donde pasar.

Y así, se desvió un poco de su rumbo original. Y aunque él seguía sin saberlo, la sombra negra iba siguiéndole, un poco más cerca y más corpórea...

Unas noches después, cuando iba caminando por un paraje algo más amable que el anterior, se encontró con un río muy bravo, con rápidos muy pronunciados, y al final, una gran cascada. Lo miró pensativo durante un rato, y entonces se dirigió al agua:

—¡Agua, por favor, cálmate un poco para que yo pueda pasar, pues he de llegar a la Tierra Luminosa!

Y el agua le respondió, con su voz cantarina y burlona:

—¿Cómo osas pedirme que me calme? No puedo hacer eso. Además, eres muy débil para pasar, y te ahogarías, porque no sabes nadar. Recuerda: soy salvaje.

Entonces, el lobezno pidió ayuda a la Luna:

—¡Luna, madre de todos los lobos! El agua no quiere calmarse para que yo pase ¿Qué puedo hacer?

Y la clara y fría voz de la Luna llena contestó:

—¿Sabes qué necesita tu mente? Hasta que no lo comprendas, no podrás pasar.

El pequeño lobo se sentó a la orilla del río y se quedó pensando un largo rato sobre la respuesta de la Luna, pero no la entendía. Al final, volvió a decir para sí:

--¡No importa! Encontraré otro sitio por donde pasar.

Y así, se alejó bastante más de su destino, y la sombra negra pudo acercársele más y ser más corpórea...

Otra noche muy fría, en la que la Luna estaba en cuarto menguante, el lobezno solitario se encontró con una ventisca muy fuerte, y le gritó al viento:

—¡Viento, por favor, te lo suplico: cálmate para que pueda pasar, pues he de llegar a la Tierra Luminosa!

Y el viento ululó con altivez:

—¿Cómo osa un pequeño lobezno como tú pedirle al viento que pare? No podrás pasar hasta que yo quiera, pues soy indomable.

Entonces, el pequeño lobo, muerto de frío y más delgado que cuando comenzó su viaje por las inclemencias del camino, le pidió ayuda a la Luna:

—¡Luna, madre de todos los lobos! El viento no quiere calmarse para que yo pueda pasar. ¿Qué puedo hacer?

Y la Luna menguante le respondió:

—¿Realmente sabes qué necesita tu espíritu?

Esta vez, el lobezno, lleno de rabia le contestó a la Luna:

—¡Siempre me respondes con otra pregunta y eso no me ayuda en nada! ¡Ya no volveré a pedirte consejo, ni te escucharé, ni te miraré! ¡Eres mala y te odio, Luna! ¡Ya encontraré un sitio por donde pasar!

Y salió corriendo, alejándose de la ventisca y de su destino final. Pero, de repente, sintió que algo le seguía muy de cerca. Se detuvo y notó que aquello se detenía con él. Echó a andar y la cosa volvía a andar a su vez. Entonces volvió a detenerse y se volvió para hablarle:

—¿Quién eres tú?

No recibió ninguna respuesta, pero lo miró más atentamente: era una sombra negra, cuya forma le recordaba a algo, pero no supo decir a qué...

Cuando la Luna desapareció del cielo, el lobezno seguía caminando. Estaba cansado y casi se le veían las costillas, pues a medida que iba avanzando, la comida empezaba a escasear, y el paisaje se volvía cada vez más lúgubre. Estaba un poco asustado, y echaba de menos estar con su manada, pero aún así cumplió lo que había dicho: no miró hacia el cielo en ningún momento para no ver a la Luna. Solo miraba al suelo, y así sus pensamientos se volvieron cada vez más negativos y pesados. El lobezno iba arrastrando las patas por un bosque, cuando de repente, vio una luz roja a lo lejos. Pensó que sería la Luna, pero luego recordó que la luz de ésta era plateada, y entonces su corazón se alegró porque creyó que al fin había llegado a la Tierra Luminosa, y echó a correr con sus últimas fuerzas. Pero pronto empezó a notar un calor muy fuerte y empezó a toser por el humo, y supo que no había llegado a la Tierra Luminosa, sino que estaba muy cerca de un gran incendio. Entonces, casi sin ninguna esperanza en su corazón, le habló al fuego:

—¡Fuego, por favor, te lo suplico: abre un pasillo en tus columnas de llamas para que pueda pasar, pues he de llegar a la Tierra Luminosa!

Y el fuego, con su voz crepitante y orgullosa le contestó:

—¿Cómo osa un pequeño lobezno pedirme que destruya una parte de mí mismo para poder pasar? No puedo hacer eso, y aunque pudiera no lo haría. Así que, si intentas pasar, te quemarás y morirás.

El lobezno intentó buscar un nuevo camino, pero el fuego era muy grande y llegaba hasta una profunda sima, que él supo inmediatamente que no podría pasar. Entonces, el pequeño lobo solitario decidió tumbarse, y la sombra se le acercó, lenta pero inexorablemente. El lobo la miró aterrorizado, pues ya era totalmente corpórea: un gran lobo negro, con el cuerpo duro como la tierra y con un aspecto salvaje como el agua, que aullaba como el aire y tenía ojos de fuego.

—¡Luna, socorro! -gritó el lobezno-. ¡No quiero morir!

No obtuvo respuesta, pero entonces vio que el fuego se acercaba. Estaba acorralado: el lobo negro seguía allí, con sus fauces abiertas y amenazantes, y el fuego también iba hacia él. Y entonces, como cuando era pequeño, oyó la voz de la Luna, clara y fría en su corazón:

—¿Realmente entiendes qué necesita tu alma? Si no lo comprendes, no podrás pasar el fuego.

—¿Y la sombra? -preguntó el lobezno.

—Es la Muerte, y nadie puede burlarla -respondió tajante la Luna.

Entonces el pequeño lobo, que no tenía escapatoria, decidió lanzarse a las fauces del lobo negro antes que morir quemado. Y entonces el lobo blanco y el negro se fusionaron y ambos lo entendieron todo a la vez: eran parte de una sola cosa, pues la vida y la muerte forman parte de un solo ciclo.

Un tiempo después, cuando la Luna creciente volvía a estar en el cielo, el lobezno despertó al borde de la sima. Estaba débil, pero no se sentía mal. Y cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue el cuarto creciente en el cielo, y luego vio a tres lobos blancos como él, sentados a su alrededor.

—Por fin despiertas, hermano. Nos alegramos de ello -dijo el que parecía el más anciano.

—¿Quiénes sois? -preguntó el lobezno.

—Perteneceemos a una gran manada -dijo el segundo.

—¿De verdad? ¿Y de dónde venís?

—Venimos de la Tierra Luminosa -contestó el tercero, casi tan joven como el lobezno.

—¡Yo iba hacia allí! -exclamó el cachorro.

—Lo sabemos -dijo el anciano-. Hemos venido a por ti porque te has desviado bastante. Casi llegas a las tierras de la Muerte.

Y el lobezno se fue con ellos, y le enseñaron que para pasar la montaña, necesitaba tener sus necesidades físicas cubiertas; para que se quietara el agua, necesitaba aquietar también su mente; para calmar el aire necesitaba tener su espíritu en paz; y para que el fuego no le quemase, necesitaba purificar su alma. Y le dijeron que ellos, ahora sus hermanos, le ayudarían a aprender esto. Y en cuanto a la Luna, le dijeron que era la protectora de los lobos blancos, pues ella simbolizaba el conocimiento oculto: algunas veces la amaría y otras la odiaría, porque ella nunca da una respuesta, sino que hace las preguntas para que nosotros encontremos las respuestas en nuestro interior.

He dicho

H.. Aina, Aprendiz